



MIRO

recen reseñadas en el catálogo, y se trata tan sólo de una selección. Las técnicas son diversas: litografías, aguafuertes, puntascas, aguatinas; en obras independientes o en series, ilustraciones y portadas de libros, carteles... Un conjunto extraordinario y vasto, cuya lectura es abordada con originalidad y gran conocimiento por Alexandre Cirici en la presentación del catálogo.

El día 17 por la mañana fue inaugurada oficialmente la exposición del Grand Palais —la de la obra grabada lo sería el 21—, con asistencia del ministro francés de Asuntos Culturales, Alain Peyrefitte, en el que sería seguramente su último acto oficial. Por la noche se celebró una cena en homenaje a Miró, en el Moulin de la Galette, a la que acudieron artistas, críticos, directores

de museos y otras personalidades del mundo del arte de todo el mundo. A pesar de esta amplia afluencia, la representación venida de la Península —especialmente de Cataluña— era, con mucho, la más numerosa. Se bailaron sardanas y cantó Raimon. Fue una gran fiesta en todo mironiana —manteles, servilletas y pan, con decoraciones y formas realizadas por su amigo Calder—, digna en todo de Miró, que asistía con su discreción habitual, un poco cansado, sin duda, de tanto ajetreo, satisfecho también en un momento —el de esta doble exposición— que supone la culminación del reconocimiento de su obra de gran artista que ha creado un nuevo lenguaje y un universo, que es el de todos, visto con ojos sencillos y penetrantes. ■ J. C.M.



Miró, en el Grand Palais, con Peyrefitte y Maeght.